

Un militar en la represión

Es difícil disparar contra mi gente

Es difícil recordar la experiencia que he vivido, porque es recordar un dolor que uno quiere olvidar; pero a la vez debe ser sacado, para vencer el dolor.

Son 11 años cultivando el corazón de una manera tan especial, que es difícil que un joven ex-alumno de un colegio católico haya estado dentro del campo de batalla.

Es difícil luchar contra el pueblo de uno, cuando uno se la pasaba trabajando por el pueblo.

Es difícil disparar contra el pueblo.

Es difícil insultar al pueblo.

Es difícil golpear al pueblo.

Como joven, me preocupa verme envuelto en algo que va contra mi gente. Soy militar, pero obligado; a veces me siento como un payaso, que se disfraza para que el otro se sienta bien.

Nunca había yo disparado contra una persona. ¡Qué dolor siente uno cuando va en contra de los principios humanos!

Nunca había presenciado tanta muerte: hombres, mujeres, niños, ancianos, mi gente tirada en la calle muerta, herida, esperando por la ambulancia; pero nunca llegaba, lo que llegaba era la muerte.

Pero lo que más duele es que uno se siente importante; que sólo puedes apretarte la mano y decir adiós. No puedes llorar porque tienes al Superior al frente, y debes impresionarlo, porque, si no, la muerte lo espera a uno, allá donde la gente llama cuartel, porque si eres cobarde te hacen juicio militar y acaban contigo.

Muchas veces tuve miedo. En la noche lloraba como un niño en la espera de que llegue su madre. Pero en mi caso no llegaba mi madre, llegaba otro día de terror.

A veces pensé en cerrar los ojos, y hacer como me enseñaron mis superiores cuando fui al polígono de tiro: aprovisionar el armamento, cargar bien el seguro, apuntar, disparar, pero disparar a mi cuerpo y acabar con ese dolor que todavía llevo dentro de mí.

Fueron 16 días pasando trabajo. Casi no dormía, casi no comía. Aquello parecía una pesadilla, pero una pesadilla viviente.

Tengo miedo, porque no quiero salir otra vez a la calle y disparar contra mi gente, antes de salir quisiera morir, para no vivir esa experiencia de nuevo.

Nunca me olvidaré del 23 de Enero, de Lídice, de Monte Piedad, de Artigas, de aquellos lugares donde yo patrullaba, del edificio que le dicen "7 Machos", un edificio apretado.

Nunca olvidaré aquel muchacho que me apuntaba con un 38 cañón corto, en un pasaje del 23 de Enero. Tuve la oportunidad de dispararle, pero no lo hice porque ese muchacho era como "relejo de cuando yo tenía 16 años y estudiaba 3er. año de Bachi-

llerato en mi Colegio", y lo dejé que se fuera. No sé si hice bien o mal; pero en ese momento no pude negar que me sentí bien.

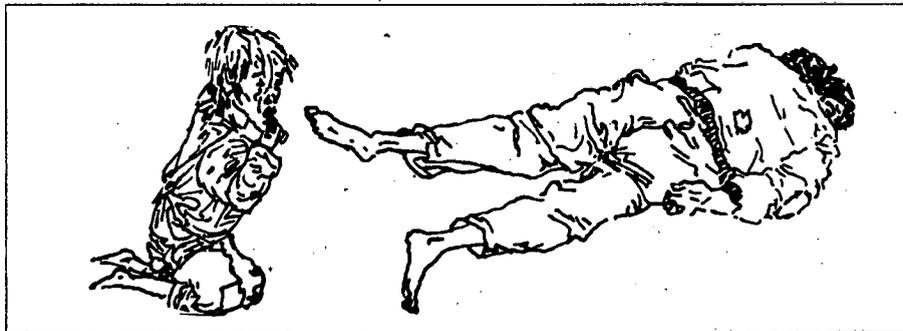
Es lamentable que nuestro país hubiera pasado una historia tan terrible, tantas muertes inocentes, muertes que no son 276 como dicen; pero ¿cómo decirle al pueblo que hay más de 276 muertes? Así es mi país, el cual vive sometido al régimen de una democracia disfrazada o entre comillas; dicen 276, y el pueblo tiene que conformarse con esa cifra. En cuanto a los heridos, pasa lo mismo. Quizás en Venezuela está partiendo la bomba más poderosa del mundo. La gente volverá a estallar. Quizás sí, quizás no.

Sólo yo espero que no vuelva a pasar.

Todo esto lleva a la reflexión de que el pueblo quiere vivir mejor, que necesita de jóvenes que se atrevan a ir en contra de este sistema que nos lleva cada día más a la miseria. Es triste saber que Venezuela ya no es ejemplo de los demás países latino-

americanos, que hemos perdido esa solidez que tanto mencionan los políticos en cuanto a la democracia.

Venezuela quiere jóvenes que se atrevan a luchar por una vida mejor y digna para todo ser humano.



No se puede cambiar todo, pero es difícil frenar esta situación. Es lamentable que estemos divididos en dos clases sociales: la gente que vive en la miseria y la otra gente rica que lleva por nombre la clase alta.

La esperanza está centrada en la educación popular, en la gente con conocimientos académicos excelentes y, lo más importante, con los primeros pasos de la Universidad de la vida. De verdad, que no sé qué hubiera hecho yo en los disturbios si no hubiera sido por la educación que recibí; quizás haría como algunos compañeros de cuartel, que sólo hablan tonterías entre ellos. Por ejemplo: "yo maté a cinco o más". Y otros que dicen: "me eché a 10 y herí como a cinco, y después los dejamos en la calle hasta que se murieran". Es triste, jóvenes de mi misma edad, menores que yo, piensan así. Sólo me queda decir que la vida es una sola y dependerá de nosotros los jóvenes el éxito de la misma.

Tengo fe en mí mismo y sé que saldré adelante, porque todo esto lo tomo como una gran prueba del Señor. Nunca olvidaré la Casa de Retiros. Qué bien me sentí en esa Convivencia. Renové mis fuerzas para seguir luchando a favor de mi gente, la gente de mi barrio, porque yo soy del barrio. Me siento feliz de vivir allí, porque uno descubre la sencillez y la humildad de las personas, lo cual te sirve para decir: sí, aquí estoy, mi gente, abramos camino, que la vida nos espera con los brazos abiertos; seamos compañeros de camino que abren brecha en busca de un mundo mejor, lleno de esperanza y trabajo.